

## Introducción

### La crianza respetuosa como discurso social

Criar a un niño podría ser comparable a una danza: intervienen el ritmo, la intensidad y la armonía. Median también el contacto, el aroma y el calor de los cuerpos. Hay momentos más acelerados, en los que debemos seguir al niño moviéndonos ágilmente, como si regresáramos a nuestra propia infancia. Períodos arremolinados, intensos, en los que decimos “no dar más” y aun así, seguimos dando. También existen tiempos más calmos, que se deslizan como una brisa agradable, en los cuales los niños acompañan nuestra celeridad adulta, acoplándose a nuestro andar. Simplemente se trata de equilibrio, armonía y reconocimiento del otro.

Hablar de *crianza* incluye todas las prácticas que forman parte de la vida cotidiana de los niños y de los vínculos con sus cuidadores. Engloba los modos de tomarlos en brazos, de hablar con ellos, las palabras que utilizamos, las formas en que ejercemos las tareas de cuidado de la rutina diaria, como el baño, el dormir, la alimentación, etc. Forman parte de la crianza también la transmisión de valores y costumbres sociales, la construcción de los límites e innumerables acciones cotidianas que realizamos los adultos a cargo del cuidado y de la educación de los niños.

En las últimas décadas, ha cobrado creciente vigencia en diferentes partes del mundo un discurso social que se ha llamado *crianza respetuosa* —entre otras nominaciones—. Bajo este nombre confluyen diferentes prácticas y reflexiones vinculadas a una concepción de niño como un sujeto activo de derechos.

Desde esta perspectiva, la crianza respetuosa no busca convertirse en una disciplina ni en una técnica, sino que constituye un discurso cada vez más difundido socialmente, que apunta a concebir a los niños como sujetos competentes que, aún en estado de dependencia



absoluta, merecen el mismo respeto y reconocimiento que cualquier otro ser humano.

No resulta casual que, en las últimas décadas, el significativo "respeto" haya cobrado semejante relevancia en relación con las prácticas vinculadas al nacimiento y la crianza. El parto respetado y la crianza respetuosa han devenido en discursos y prácticas que persiguen como objetivo común (aunque no el único) preservar a los niños y a sus progenitores de violencias sutiles, invisibles y socialmente naturalizadas. Lamentablemente la violencia obstétrica y el maltrato infantil se han vuelto moneda corriente en nuestra sociedad.

En la actualidad, por fortuna, nadie dudaría por ejemplo de sancionar como un acto violento el maltrato físico hacia los niños —golpes, cinturazos, quemaduras, etc.—, pero no siempre es tan evidente el maltrato emocional. Hoy sabemos que existen formas de violencia simbólica, violencias invisibles, que han estado durante muchos años socialmente aceptadas y cuyos efectos en la subjetividad algunos autores han denominado *traumas sutiles* o *traumas acumulativos*. Gracias a recientes investigaciones provenientes del campo de la psicología, de la pediatría y de las neurociencias, conocemos los efectos nocivos que produce en el cerebro del niño estar expuesto a situaciones cotidianas de estrés. Estos factores estresantes no solo ponen en marcha mecanismos cerebrales neurotóxicos y modos de funcionamiento psíquico a predominio de defensas por el temor al derrumbe, sino que además constituyen experiencias desubjetivantes y devastadoras a nivel de la confianza en el vínculo con el otro.

Pero ¿qué entendemos por *crianza respetuosa*? *Respetuosa*, ¿de qué? ¿De quiénes? ¿Respetuosa del niño, de los padres, del vínculo? ¿Puede ser una crianza respetuosa de todo esto? ¿Podría existir eso? En este libro intentamos ensayar algunas respuestas a estos interrogantes, basadas fundamentalmente en el trabajo interdisciplinario con familias y niños en el consultorio, en consultas de orientación a padres y en experiencias relatadas por mamás y papás durante talleres grupales de crianza.

No nos interesa transmitir un manual de instrucciones ni una escuela para padres, menos aún, una imposición o bajada de línea acerca de tal o cual forma de crianza. Se trata simplemente de revisar algunas costumbres y tradiciones culturales a la luz de los paradigmas actuales y desde la perspectiva del respeto recíproco. Porque, a pesar de la asimetría psíquica, física y emocional que existe entre el infante y el adulto, la relación de respeto no es asimétrica, sino recíproca.

Los temas desarrollados en este libro intentan construir puentes para pensar aspectos decisivos del desarrollo emocional de los bebés y niños pequeños, articulando los fundamentos de la crianza respetuosa y los desarrollos psicoanalíticos contemporáneos en el marco de los nuevos paradigmas en primera infancia. Desde este punto de vista, pensar en una crianza respetuosa implica no solo el respeto por los derechos del niño, sino también el respeto hacia su familia, hacia las mamás y los papás, sus deseos, sus tradiciones, su cultura y su idiosincrasia.

Entender que los niños piensan y se expresan en un lenguaje muy diferente del código común que habitualmente utilizamos los adultos para comunicarnos forma parte de un proceso necesario para poder ofrecer contextos facilitadores del desarrollo emocional. La presencia de un ambiente facilitador en la crianza constituye una vacuna psíquica contra distintas formas de padecimiento no solo durante la niñez, sino también en la adolescencia y la adultez.

Para alcanzar un desarrollo emocional saludable, los niños precisan cuidadores empáticos, respetuosos y, sobre todo, disponibles. No podemos criar a las corridas, en automático y a la velocidad de un tren bala. Necesitamos construir ritmos, compases de espera y tiempos para la infancia. Crecer para un niño no debería ser una carrera hacia la independencia, sino el resultado de múltiples encuentros con pares y adultos en un contexto de amor, placer y respeto por su individualidad y espontaneidad.

Criar, según la ocasión, puede significar danzar de a dos, de a tres, y otras veces, acompañan más bailarines. En algunas oportunidades



los adultos marcamos el paso; en otras los niños proponen su propio ritmo y nosotros aceptamos complacientes jugar a ser sus compañeros de baile. Lo esencial, como en toda danza, es la armonía. Que el baile fluya sin mayores complicaciones, solo algunos sutiles desencuentros o tropezones, propios de los conflictos que significa transitar con otros. El mismo deslizar del compás nos permite reanudar el ritmo cuando lo hemos perdido y continuar.

Lo que sí resulta clave es comprender que no podemos pretender que un niño siga siempre el ritmo de los adultos, ni tampoco podríamos los grandes vivir en una infancia permanente. Es un ir y venir constante, un adaptarse mutuamente en esa situación de encuentro que constituye el vínculo entre un niño, sus padres y sus cuidadores.

Si ese danzar resulta armonioso, la crianza se vuelve placentera y disfrutable. Cuando esto no resulta así, es posible que estemos bailando a destiempo, y habrá que volver a pescar el ritmo. Es cuestión de regresar a donde perdimos el paso y de ahí conectarnos nuevamente. Los niños son muy sensibles a nuestro andar y nos avisan casi de inmediato cuando detectan que nos estamos saliendo del ritmo. Solo debemos estar atentos a sus mensajes, a sus estados anímicos y a sus expresiones. De la misma manera que son perceptivos a la hora de detectar si nos estamos desviando del sendero, suelen ser también comprensivos y nos ayudan a reencontrarlo mostrándonos por dónde. Solo es cuestión de dejarnos guiar, ser humildes y permitirnos aprender de ellos.

Ahora bien, ¿por qué no estamos de acuerdo con los manuales de instrucciones ni con las guías para padres? Simplemente porque nadie podría decirle a una mamá o a un papá cómo debe criar a sus hijos. Exigir a una familia que debe dormir de tal o cual manera, o que debe amamantar hasta tal o cual edad (por nombrar solo algunas de las intervenciones frecuentes ofrecidas por profesionales como "consejos" o indicaciones para los padres) no solo constituyen demandas empapadas de prejuicios o de falsas creencias sino que, por sobre todo, representan formas de violencia simbólica sobre la experiencia íntima y singular de cada familia.

Para ello también es esencial escuchar y atender qué necesitan los adultos cuidadores y cuáles son sus posibilidades reales. Ciertos paradigmas que se pronuncian como bebecéntricos o niñocéntricos corren el riesgo de aplastar la subjetividad de la madre o del padre, culpabilizando a quienes no pueden ajustarse a determinados mandatos. Descreemos de las recetas generales y prefabricadas para la crianza, porque cada niño y cada familia son singulares. Podemos hablar de condiciones suficientemente buenas para el desarrollo emocional de los niños pero, dentro de esas condiciones, también existen matices y singularidades. Las mamás y los papás también son sujetos con sus propios sentimientos, deseos y necesidades. Depositar el centro en un único integrante del vínculo no es sin consecuencias.

Desde el punto de vista de la psicología, la crianza respetuosa, el psicoanálisis y el constante diálogo con otras disciplinas, en las páginas que siguen buscamos interrogar algunas creencias culturales que aún forman parte de nuestra tradición. En estos capítulos se revisan mitos, tales como el de que, si a un niño se lo toma demasiado tiempo en brazos, se "mal acostumbra"; el de que, para que un niño "aprenda" a dormir, hay que dejar que llore.

Para criar infancias respetadas, necesitamos una sociedad más empática hacia los niños, que tenga en cuenta sus tiempos, sus necesidades y que provea un entramado social sostenedor a fin de que los cuidadores primarios puedan devenir en un ambiente facilitador para ellos.

Por supuesto, no existen los padres perfectos, simplemente porque no somos máquinas; y por suerte, no lo somos. Una madre suficientemente buena, tal como decía el pediatra inglés Donald Winnicott, no es la que hace todo bien, sino la que se equivoca y puede aprender del error —podríamos aplicar este mismo razonamiento a un padre suficientemente bueno—. Todos los padres nos equivocamos y aprendemos en el proceso. El respeto también debería ser hacia nosotros mismos.

El principal objetivo de este trabajo es contribuir a promover la salud y a prevenir el sufrimiento psíquico en la primera infancia. En este sendero consideramos indispensable dejar de patologizar los comportamientos



que los mismos sistemas de crianza y de educación tradicionales tienden a producir y reproducir. Es tan grave la falta de detección del diagnóstico precoz en presencia de una patología como la continua patologización de comportamientos saludables en los niños.